

Literatura infantil en Venezuela: géneros, autores y tendencias

Un recuento de la creación literaria venezolana para niños y jóvenes, desde sus orígenes hasta el presente

En Venezuela, como en todos los pueblos y culturas, la literatura infantil nace de los libros didácticos y la tradición oral.

Con la llegada de la imprenta a nuestro país, en 1808, se dio inicio a la publicación de una literatura política y popular, y fue sólo a partir de 1829 cuando comenzaron a producirse libros dirigidos a los niños, los cuales, como sucedió en la mayor parte de nuestros países, fueron libros didácticos: silabarios, abecedarios, libros de lectura, urbanidad, catones y catecismos, entre los que destaca *El libro de la infancia por un amigo de los niños* (1856), de Amenodoro Urdaneta, quien creó un conjunto de fábulas que seguían el modelo europeo y las formas clásicas, pero cuya escritura retórica, salpicada de palabras criollas, hablaba de cocoteros, monos filósofos y chivos enamorados, prefigurando el nacimiento de la literatura infantil propia.

Por otra parte, con la llegada de los conquistadores y colonizadores españoles a nuestras tierras, heredamos el rico acervo de la tradición oral española, que a su vez se alimentó del sustrato cultural propio y de otras culturas, como la africana, para dar lugar a nuevas creaciones. Pero aun cuando es de suponer que, desde la época de la Colonia, composiciones tradicionales como las nanas, canciones, rondas y cuentos formaron parte de la vida de nuestros niños, o eran disfrutadas por ellos, es a finales del siglo pasado y principios de éste, con figuras como Tulio Febres Cordero o José Eustaquio Machado, y sobre todo a partir de 1940, con la creación del Instituto de Investigaciones Folklóricas, que la tradición oral comienza a valorarse entre nosotros y a con-

siderarse una rica fuente y un punto de partida para la literatura infantil.

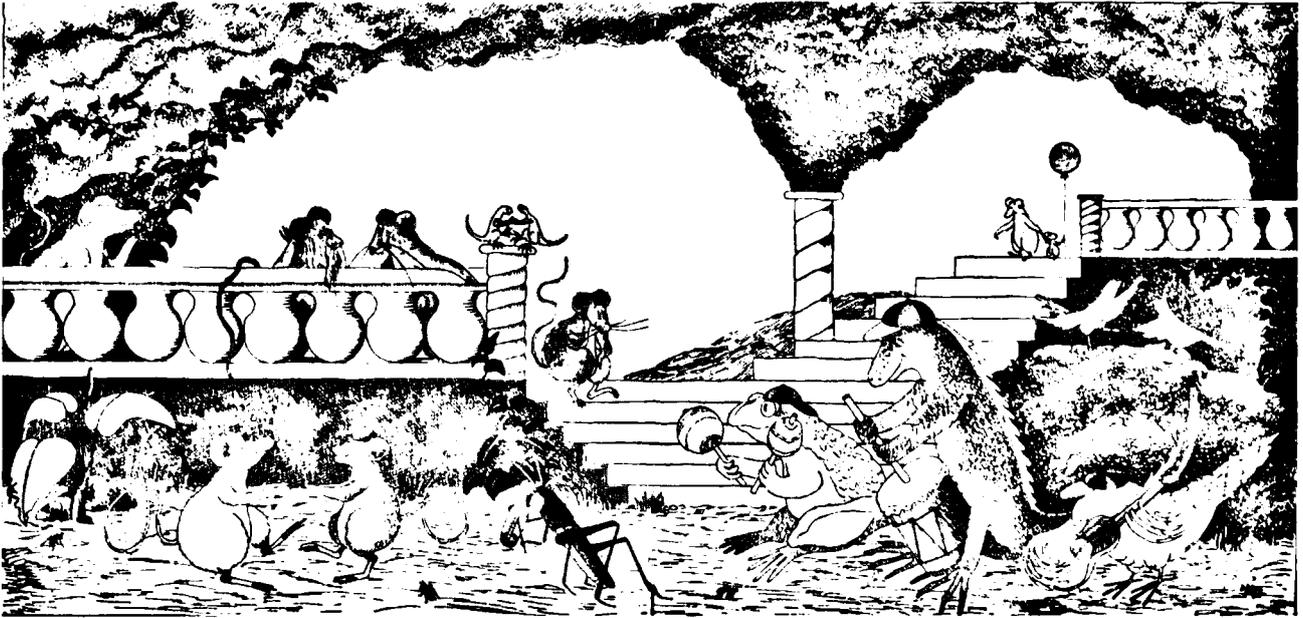
Igualmente entre las primeras lecturas del venezolano podemos citar una primera revista, de corte religioso: *El amigo de los niños* (1912-1950); libros de lectura como los de Alejandro Fuenmayor, que comenzaron a publicarse en 1916 y se fueron remozando en numerosas ediciones hasta los años setenta; gran cantidad de obras didácticas y finalmente las obras de algunos escritores que, la mayoría de las veces, no habían sido escritas para los niños pero que, junto al folclor, se fueron incorporando a sus lecturas, como sucedió con textos de Pedro Emilio Coll, José Rafael Pocater, Teresa de la Parra o Julio Garmendia, ya clásicos de nuestra literatura.

Las revistas infantiles de Rafael Rivero Oramas y las editoriales impulsan el género

Pero lo que se puede considerar un hecho fundamental para el impulso del género en el país, fue la creación de las revistas *Onza, tigre y león* (1938-1948) y *Tricolor* (1949-1993), y la figura de su fundador y director Rafael Rivero Oramas, a quien podemos considerar como pionero y padre de nuestra literatura infantil, además de un prolífico autor.

Rivero Oramas se propuso hacer llegar a los niños un tipo de literatura opuesta a las "lecturas escolares" imperantes en la época, y desde sus revistas dio un gran impulso al género, que sólo entonces comenzó a vitali-

María Elena Maggi
Licenciada en Letras en la Universidad Central de Venezuela. Dirigió el Departamento de Selección del Banco del Libro de Caracas. Asesora de la Biblioteca Nacional en el área de selección de libros para bibliotecas escolares urbanas y rurales. Desde 1991 es coordinadora de la "Colección Primera Dimensión. Libros para niños y jóvenes", de Monte Ávila Editores.



Vicky Sempere. *Fábula de la ratoncita presumida*. Ekaré, 1982

zarse. Especialmente habría que señalar la importancia de la revista *Tricolor*, que hasta el momento en que él la dirigió, en el año 1967, llegó a alcanzar altísimos tirajes y una gran receptividad dentro y fuera del país, por lo que fue plataforma y guía en todo lo relativo a la literatura infantil en momentos en los que todavía no existía entre nosotros una infraestructura editorial.

A pesar de que entre los años cincuenta y sesenta existieron algunas iniciativas editoriales, es en el año 1967 cuando surge una primera editorial de libros para niños, llamada Churum Merú, que sólo tuvo un año de duración, y en 1968 cuando se publican dos importantes colecciones: "Puente Dorado" y "Estrella Amiga", del Instituto Nacional de la Cultura (INCIBA). Así que podemos decir que, hasta finales de los años setenta, las ediciones de libros para niños fueron esporádicas muchas veces financiadas por los propios autores o por instituciones y organismos públicos y privados.

Pero a finales de los setenta empieza a mejorar el panorama editorial debido a la confluencia de varios factores: el país vivía un clima de bonanza económica que a su vez redundó en mayores aportes para la educación y la cultura; se creó el Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas, que demandaba libros y materiales de lectura para los más jóvenes; existía una propuesta e intención nacionalista de producir materiales propios, expresada por una asociación como AVELIJ (Asociación Venezolana de Literatura Infantil y Juvenil) que cumplió un

papel importante en la definición y orientación del género.

En ese momento se fundan las editoriales especializadas en literatura infantil y comienza a aparecer un gran número de revistas y periódicos para niños. En 1978 surge Ediciones Ekaré, del Banco del Libro, institución con amplia experiencia en proyectos de promoción de lectura, la cual se ha convertido en la más importante del país, con un catálogo de unos 70 títulos; y, paralelamente, la editorial María Di Mase, que llegó a publicar a autores e ilustradores de fama internacional.

Entre los periódicos publicados a partir de ese momento destacan *El cohete* (1979-1981), el suplemento infantil de *El carabobeño* (1977), *Perro nevado* (1979) y *El barquito* (1978); entre las revistas: el *Boletín nacional de literatura infantil* y *Parapara*, ambas para adultos, y posteriormente, *La ventana mágica* (1985) y *Onza, tigre y león* en su nueva etapa, algunas de estas publicaciones todavía en circulación.

Por esa misma época surgen los primeros estudios de esta disciplina en el país, con libros como *La literatura infantil venezolana* (1977), de Efraín Subero, y con posteriores investigaciones y estudios de Carmen Mannarino, Marisa Vannini, Velia Bosch, María Beatriz Medina y Griselda Navas, entre otros autores. Igualmente, durante los años ochenta, ocurre el *boom* de la literatura infantil en España y comienza a llegar al país mucho de esta literatura, lo que de alguna manera contri-

PUBLICIDAD



Mónika Doppert. *La calle es libre*. Ekaré. 1981

buyó a la formación de nuevos gustos y tendencias.

Posteriormente se sumaron, a la labor de las editoriales pioneras, editoriales como Tinta, papel y vida e Isabel de los Ríos, Amanda y Rondalera; se han creado colecciones infantiles en editoriales nacionales como Alfadil y Monte Ávila Editores, y existe un interés creciente en editoriales extranjeras por publicar autores venezolanos, como es el caso de Alfaguara y Norma, que ya han incluido en su catálogo a algunos de ellos.

Así, aun cuando todavía no podemos hablar de una gran producción en el área del libro infantil, pues no hemos sobrepasado un número de 40 títulos nuevos al año, sí podemos decir que durante las últimas décadas el libro para niños ha adquirido un nuevo rango; gracias a la labor de estas editoriales, las ediciones se han modernizado y la calidad de la literatura y los libros para niños que se producen en el país ha aumentado considerablemente. Trataremos de referirnos entonces a los géneros más cultivados, a los autores más importantes y a los aciertos y tendencias editoriales de los últimos años.

La lírica tradicional y moderna, juegos, rimas y canciones

Perviven entre nosotros, al igual que en otros pueblos de América Latina, composiciones líricas similares a las españolas, junto a otras que reflejan nuestra particular idiosincrasia. Formas líricas como los romances y las quintillas, expresiones como los refranes y composiciones del llamado folclor infantil; canciones de cuna, juegos, rondas, cantos, rimas trabalenguas y adivinanzas, fueron asimiladas y recreadas entre nosotros, dando lugar a nuevas versiones de carácter criollo, mestizo y popular, y a nuevas formas como coplas, corridos, décimas y galerones. Piezas literarias llenas de poesía, humor, gracia, sabiduría y belleza, que gustan a los niños de todas las épocas.

Rafael Olivares Figueroa, poeta e investigador, incluyó el "Folklore infantil" y el "Folklore maternal" en su libro *Folklore venezolano* (1948), y se dedicó durante la

década de los setenta a publicar sistemáticamente en la revista *Tricolor* adivinanzas, acertijos, enredos y coplas. Efraín Subero incorporó composiciones de este tipo en su *Poesía infantil venezolana*; Luis Arturo Domínguez ofrecía juegos, coplas y corridos en sus libros de folclor para las escuelas, y Josefina Bello de Jiménez en su *Arre, caballito* (1965) incluye rimas y juegos para los niños más pequeños.

Posteriormente aparecen libros de adivinanzas y acertijos que han resultado verdaderos éxitos editoriales en el país como los publicados por Ediciones Ekaré: *¿Qué será, qué no será?* (1978) y *Tun, tun ¿quién es?*, con textos recopilados por Doris Marcano y Carmen Heny; y un libro como *Colmos y colmillos*, de Abilio Padrón (1992), con colmos, juegos de preguntas y respuestas y asociaciones de palabras.

También es de señalar la tarea de recopilación de Josefina Urdeneta, conocida pedagoga y escritora, en *Contigo sí. Cómo divertirse y jugar con niños en edad preescolar y Si canto... soy un cantueso* (1992), libro donde reúne retahilas, antiguas y nuevas canciones y juegos de mímica.

Para finalizar podemos citar a Iván Pérez Rossi y su *Cantemos con los niños* (1987), con versiones y recreaciones de cantos tradicionales, y *El son del ratón y otras canciones* (1987), libro de Rosario Anzola publicado por Monte Ávila Editores, que incluye graciosas composiciones como "La vaca Flor", "La piñata del sapo" o "Fábula de los cochinos".

La poesía, de los motivos escolares al juego y al humor

En la década de los setenta incursionaron en la poesía infantil muchas autoras que recreaban temas o motivos escolares, como los animales, la escuela, la maestra, los símbolos patrios o las efemérides, pero cuyas obras no llegaron a alcanzar la calidad estética de un clásico de nuestra poesía en ese campo, como fue *Canta, Pirulero*, de Manuel Felipe Rugeles, editado en 1950 y con reediciones hasta 1983, poemas de medidas clásicas, en las que se percibía la resonancia de los poetas españoles del 36 y de las coplas del folclor venezolano.

Entre los poetas líricos publicados a partir de los años setenta sobresalen Beatriz Mendoza Sagarzazu y Fanny Uzcátegui, o autores de una poesía un poco más desenfadada y humorística como Flor Roffé de Estévez con *Una cebolla en la olla* (1978) y *El cumpleaños de la gallinita* (1992) o Jesús Rosas Marcano con obras como *Cotiledón, cotiledón la vida* (1965), *La ciudad* (1968), *Manso vidrio del aire* (1968), un libro de un tema novedoso como el de los astronautas: *Así en la tierra como en el cielo* (1976), o poemas sobre juegos y juguetes publicados recientemente en *El mago del cuento* (1989).

En 1971 se publicó un libro que constituyó una curiosidad y un acontecimiento: *La huerta de Doñana*, de Fernando Paz Castillo, reconocido poeta de la generación del 18. Este "juguete lírico", como él lo llamara, editado 50 años después de escribirlo, es un texto dramatizado en el que se intercalan cuentos y cancioncillas, y al cual pertenece *El príncipe moro*, delicado poema lleno de musicalidad, publicado por Ediciones Ekaré en 1982. Igualmente podríamos citar *Angelitos negros y otros cantares* (1983), de Andrés Eloy Blanco, editado por María Di Mase, con poemas negroides, en los que composiciones como "Rumba Pascual" emulan una fiesta de tambores.

Siguiendo la línea de autores como Rafael Olivares Figueroa y Rafael Ángel Insausti, que habían elaborado antologías de poesía infantil durante los años cuarenta y cincuenta, se han llevado a cabo importantes antologías como *Poesía infantil venezolana* (1967), de Efraín Subero; *Poemas para alumbrar la Navidad*, de Morita Carrillo; *Alas de letras* (1976), de Josefina Urdaneta, y la más reciente: *La infancia en la poesía venezolana* (1983), de Beatriz Mendoza Sagarzazu. También es importante mencionar propuestas fundamentales y novedosas para acercar al niño a la poesía a través del juego, como *Mariposas y arrendajos*, de Velia Bosch.

Pero la figura que hoy en día se ve como el máximo exponente de nuestra poesía infantil es Aquiles Nazoa (1920-1976), un poeta que se llamó a sí mismo "cantor de lo pequeño" o "de las cosas más sencillas", cuya hermosa poesía, a veces lírica, a veces humorística, de un estilo en el que se funden un lenguaje coloquial, expresiones muy

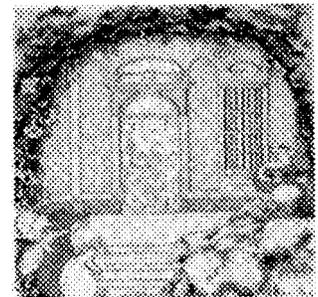
criollas y metáforas de gran belleza, se presta para ser leída y disfrutada por niños y jóvenes, y ha sido rescatada por los editores para este público en libros muy exitosos como *Fábula de la ratoncita presumida* (1982), *Retablillo de Navidad* (1990), *El libro de los animales* (1991) y *Fábula de la avispa ahogada* (1992).

La narrativa tradicional: el cuento criollo y popular

Rafael Rivero Oramas concibió a un personaje llamado El tío Nicolás, que él definió como "un viejo contador de leyendas y cuentos", y con esta figura dio vida, primero a través de la radio y las revistas, y luego a través de la televisión, a una gran cantidad de cuentos de tradición oral. Escribió un centenar de cuentos, pero los que alcanzaron mayor fama y popularidad fueron los de tío Tigre y tío Conejo, en los que el animal más pequeño y débil vence al más grande y fuerte, y los cuales, como se ha afirmado, provienen de la tradición africana. Algunos de esos cuentos, relatados con humor, picardía y un lenguaje criollo, fueron recopilados en su libro *El mundo de tío Conejo*, en 1973, y publicados después por Ekaré, junto a otros editados en forma independiente: *El hojarasquerito del monte*, *La piedra del zamuro* y *Tío Caricari*.

Pero Rivero Oramas no sólo escribió este tipo de relatos, sino que recreó antiguas fábulas de origen europeo, cuentos de conocidos personajes como Pedro Rimalles y Juan Bobo, y famosos cuentos de hadas, dotándolos siempre de un humor y estilo personales, y de un carácter muy venezolano, y aunque también recreó mitos y leyendas indígenas, es realmente en estos cuentos criollos donde logró combinar un lenguaje sencillo, anécdotas divertidas, comicidad y capacidad de síntesis, todo lo que hace que aún sean leídos con placer por niños y adultos.

En este tipo de narraciones también ha sido fundamental la labor de recopilación llevada a cabo por la investigadora y escritora Pilar Almoína, quien publicó *Este era una vez...* (1968) y *El camino de Tío Conejo* (1970), cuentos reunidos posteriormente en *Había una vez... veintiséis cuentos y Once cuentos maravillosos* (1990), editados



Vicky Sempere. *Fábula de la ratoncita presumida*. Ekaré. 1982



Matea Herrera. *La doncella guerrera y otros romances de amor*. Ekaré. 1994

por Ediciones Ekaré, en los que aparecen versiones de hermosas narraciones como “Juan Cenizo” o “La muchacha y el pez”.

De igual manera hay que mencionar a Javier Villafañe, escritor y titiritero argentino, quien vivió muchos años entre nosotros y realizó un hermoso trabajo de recopilación en la región de los Andes venezolanos, reflejado en los libros *Los cuentos que me contaron* (1975), que reúne 94 cuentos tal como le fueron contados por los niños de la región: desde cuentos de locos hasta hermosas versiones de “Rapunzel” o de “El caballito de los siete colores”, y posteriormente *La mujer que se vol-*

vió serpiente y otros cuentos que me contaron (1977).

A estos cuentos se suman otras narraciones populares, como los llamados “de muertos” o “de fantasmas”, en los que se mezclan antiguas creencias de distintas culturas, algunos reunidos en *Cuentos espantosos y aparecidos* (1984) y *Cuentos de lugares encantados* (1989), de la Coedición Latinoamericana, valioso y sostenido proyecto en el que participan editoriales de varios países y Ediciones Ekaré por Venezuela.

Narraciones indígenas: cuentos, mitos y leyendas de nuestras latitudes

Aun cuando desde los años cuarenta en algunas revistas infantiles se habían incorporado mitos y leyendas indígenas, la adopción de la tradición indígena en los libros para niños es más reciente. En 1969 se editó un título que consideramos representativo: *El tigre, la rana, los muchachos y el fuego*, mito makiritare recopilado por Helmut Fuchs y adaptado por los escritores David Alizo y Ramón Palomares; en él se narra cómo los gemelos Yureka y Amanashaca conquistan el fuego para su pueblo.

En 1978, Ediciones Ekaré inicia su trabajo editorial con la colección “Narraciones indígenas”, que hasta ahora compren-

de unos siete títulos: hermosas leyendas de la tradición oral de los indios pemón, recopiladas por el misionero Fray Cesáreo de Armellada, cuentos cortos, narrados con un lenguaje poético, humorístico y la inserción de breves diálogos, que explican por qué los cocuyos o luciérnagas tienen luz en la cola (*El cocuyo y la mora*, 1978), de dónde viene el olor característico del rabipelado (*El rabipelado burlado*, 1978), el pacto entre el tigre y el zamuro (*El tigre y el cangrejo*), o la pelea del rey de la sabana con las fuerzas de la naturaleza (*El tigre y el rayo*, 1980). De la tradición guajira han editado relatos recopilados por el antropólogo y maestro de esa comunidad Ramón Paz Ipuana, como *El conejo y el mapurite* (1980), *La capa de morrocay* y *El burrito y la tuna*.

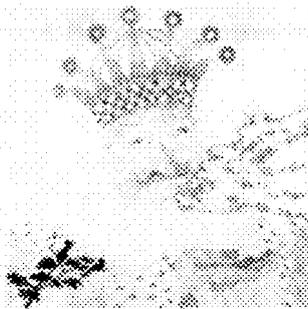
Entre otras ediciones más recientes hay que mencionar el original *Calibirri-nae Cudeido* (1985) o árbol de todos los frutos, relatado por Luis Blanco y editado por Tinta, papel y vida. Mito de la tradición jivi o guajira, explica el origen de los grupos humanos, las características de algunos parajes de esa zona del suroeste del país y cómo se regaron los frutos sobre la tierra. Y *El viaje de Medatia* (1992), un mito de los indios makiritares, recopilado por Marc de Civrieux, y adaptado y publicado por Henriette Arreaza.

Ediciones cuidadas, en cuanto a la recolección, transcripción, traducción y adaptación de los textos, y a las ilustraciones, que nos permiten conocer los relatos vivos de los pueblos indígenas de hoy, en los que se vierten la sabiduría, fabulación e ingenio de esas comunidades; narraciones de una gran y particular belleza, que sólo pertenecen a nuestras latitudes, pero con validez universal.

Narrativa contemporánea: relatos, cuentos y novelas, del realismo a las nuevas propuestas

Un escritor relevante dentro de la narrativa de las últimas décadas es Orlando Araujo, quien publicó, en 1971, el relato *Miguel Vicente Pata Caliente*. Araujo crea un personaje: “un limpiabotas muy caminador y amigo de conversar con todo el mundo”, y

PUBLICIDAD



Vicky Sempere. *Fábula de la ratoncita presumida*. Ekaré. 1982

nos muestra su miseria, sus amigos y sus inmensos deseos de viajar. Posteriormente publica *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente* (1977), donde se relatan las aventuras reales y fantásticas que vive este personaje en distintas regiones del país, su amistad con el caballo Cometa y con la maestra de un pueblo andino, quien finalmente le enseña a leer. Obra con varias virtudes, como son la creación de un personaje cautivador: un niño sometido a circunstancias adversas como la pobreza y la muerte de su madre, pero en el que siempre está presente el sueño, la imaginación y una actitud esperanzadora; el reflejo de una realidad muy nuestra, pero inmersa en la fantasía, pues el niño habla con el río y llega hasta el fondo de la tierra montado en un dinosaurio azul; y una riquísima prosa, cargada de fuerza y emotividad, en la que confluyen la sencillez del lenguaje coloquial y hermosísimos giros poéticos.

Posteriormente se han publicado otros libros suyos, entre los que mencionaremos *El niño y el caballo* (1993), que relata la dura vida de un muchacho campesino en el medio rural venezolano y su amistad con el caballo Canelapura.

Hay otros relatos que pertenecen a esta tendencia literaria de tipo realista. Por un lado, *La calle es libro*, de Carmen Diana Dearde, publicado en 1981 bajo el seudónimo de Kurusa, que cuenta cómo los niños de un barrio caraqueño se organizan para conseguir un parque para sus juegos, y el cual, acompañado de las extraordinarias ilustraciones de Monika Dopert, ha sido traducido a ocho idiomas y ha alcanzado un gran éxito internacional. Igualmente *Ni era vaca, ni era caballo* (1984), un relato conmovedor de Miguel Ángel Jusayú, narra de una manera hermosa la vida de un niño guajiro y su desarraigo.

En el género del cuento, nos gustaría destacar a autores de los últimos años: Armando José Sequera, quien en su libro *Evitarle malos pasos a la gente*, ganador del premio Casa de las Américas, retrata, en brevísimos textos y con cierta dosis de humor negro, la figura de un tío extravagante y soñador; Corina Michelena y *La princesa Tafetania*; María del Pilar Quintero con *Arcalia la gran tejedora* (1987), creado a la manera de un mito indígena; Daniel Barboy, a quien Ediciones Ekaré le ha publicado libros

como *Un diente se mueve* (1981) y *Rosaura en bicicleta* (1990), en los que se parte de situaciones cotidianas para entrar en la fantasía; Claudio Nazoa, con su texto-collage *Mesas de Aguinaldo* (1986), en el que se mezcla un cuento con una serie de recetas de comidas navideñas; Douglas Gutiérrez con *La noche de las estrellas* (1987); Rafael Arráiz Lucca con su libro *Historias en la ciudad* (1989), que justamente refleja en tres historias situaciones cotidianas de la gran ciudad, con un toque de humor y poesía; a Yolanda Pantin, quien en su libro *Ratón y Vampiro se conocen* (1992), ha creado dos atractivos personajes y hermosas historias en torno a su amistad. También a uno de los autores más prolíficos de la actualidad, como es Luiz Carlos Neves, dramaturgo y cuentacuentos brasileño, residente en el país desde 1986, quien ha publicado libros de cuentos, poesía y teatro para niños y ha merecido varios premios de literatura infantil; sus cuentos, de los cuales preferimos algunos de los contenidos en títulos como *Marita y el globo*, *Nuevas hazañas del sapo Cururú* (1991) y *Duendes de aquende y de allende* (1993), un simpático y novedoso catálogo de duendes, tienen un carácter lúdico y divertido, y un lenguaje desenfadado, con un aire muy actual. Una de las sorpresas editoriales de 1993 fue la publicación de *Galileo en su reino*, un hermoso relato del conocido escritor Salvador Garmedia, protagonizado por un gato que mira con curiosidad el mundo de los humanos y se dedica a sus actividades favoritas: dormir y soñar. Finalmente sabemos que bajo la manga de los editores hay textos como *Gato encerrado*, de Mireya Tabuas, ganador de la Biental de Literatura de Mérida en su primera edición, ingenioso relato lleno de humor que revela a una nueva autora.

En el caso de la novela, Rivero Oramas ha sido uno de los pocos escritores que han incursionado en el género. *La danta blanca*, publicada inicialmente por entregas en Tricolor y editada como libro en 1965, se ha considerado la primera novela de aventuras escrita para jóvenes en nuestro país y se ha convertido desde entonces en una lectura fundamental. En ella se cuentan las aventuras de un grupo de expedicionarios —entre ellos el fotógrafo Martín Rivas—, que explora la Guayana

Venezolana; obra en la que se manejan sabiamente la tensión y el suspense, y en la que se pone de manifiesto la extraordinaria naturaleza americana.

Podríamos hablar de otras incursiones en el género como las de Marisa Vannini con *La fogata* o *El oculto*, o de hermosas novelas como *Piedra y mar*, de Francisco Massiani, o *El mago de la cara de vidrio*, de Eduardo Liendo, que sin ser escritas para jóvenes tienen una honda repercusión en ellos; pero más bien quisiéramos referirnos, para terminar, a tres autores que han explorado intencionalmente el género con libros publicados coincidentalmente en 1992 y que plantean la relación entre culturas distintas. Verónica Uribe con *Tres buches de agua salada*, obra protagonizada por un niño que siente una inmensa atracción ante un broche con la figura de Yemayá, diosa africana del agua. Laura Antillano, conocida narradora para adultos, con *Diana en la tierra wayúu*, en la que una niña y su amigo Juyá escuchan las historias de piratas que cuenta el abuelo y viven una gran aventura; una novela narrada con frescura y un acertado equilibrio entre ficción, historia y acercamiento a la cultura guajira. Y finalmente Luiz Carlos Neves con *Carabela, calavera*, ganadora del Premio Andino Enka de Literatura Infantil, quien a propósito del quinto centenario y de la réplica de una carabela que se encuentra en el Parque del Este, teje una divertida historia en la que la niña protagonista entabla una gran amistad con el fantasma que habita el viejo cascarón, lo que da pie para crear situaciones cómicas y hacerle cierto guiño burlón al lector en torno a la famosa celebración del "encuentro" entre culturas.

Creadores contemporáneos y una literatura infantil con rostro propio

Podemos afirmar que estamos ante una literatura infantil joven, que se ha fundamentado en su mayor parte en el folclore y la tradición oral, en esa gama de composiciones tradicionales que reflejan nuestro sincretismo y mestizaje cultural: piezas literarias de comprobada raíz hispánica o europea, como juegos y canciones, o cuentos de

hadas criollos, con príncipes y princesas que hablan y se comportan como campesinos venezolanos; de raíz africana como algunos cantos, poemas y los cuentos de Tío Conejo; y de raíz indígena, como los mitos y leyendas de las diferentes etnias que habitan nuestro territorio. Pero que también ha dado, en las últimas décadas, importantes autores, cuyas obras van desde el realismo a la exploración creativa de nueva, originales y universales propuestas.

Creo entonces que es posible señalar algunos rasgos característicos en la obra de estos autores, nuestros escritores contemporáneos para niños, como son: la utilización de un lenguaje coloquial, más sencillo y en general más accesible a los niños; la selección de temas menos "solemnes" o "trascendentes" y más cercanos a los intereses y gustos de los pequeños lectores; cierta fusión de los géneros literarios, tal y como ha ocurrido en la literatura para adultos; la creación de personajes como duendes, piratas, fantasmas o animales que hablan y actúan: ratones, sapos, vampiros o gatos; y una mayor presencia de niños, y sobre todo, de niñas protagonistas. En fin, yo diría que en estas obras es evidente el predominio del humor, la imaginación y la fantasía que requiere una literatura escrita para niños de hoy.

Podemos decir que los creadores venezolanos se sienten cada vez más libres para plantear e inventar temas y personajes, lejos del moralismo y el didactismo que imperó por mucho tiempo en nuestra literatura para niños; y también que en Venezuela se escriben y editan obras en las que existe un acertado equilibrio entre lo venezolano, lo propio o lo nuestro (que puede estar en el trasfondo, en el paisaje o en el lenguaje) y lo común o universal.

Todo esto nos habla hoy de una literatura que tiene una fisonomía o un rostro propio, lo que podría representarse muy bien en esa hermosa imagen creada por Rafael Rivero Oramas: una danta blanca, un tapir americano de excepcional color, un ejemplar único y particular capaz de seducir, tal y como se nos revela nuestra literatura infantil actual. ☐

Artículo publicado en: *Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil*. Nº 1, enero-junio 1995. Bogotá (Colombia): Fundalectura - Sección Colombiana de IBBY-.

PUBLICIDAD